**Domingo 19º del Tiempo Ordinario (A). 13.08.2017: Mateo 14,22-33.**

***“Ante la violencia del viento le entró miedo…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

El relato de la tentación de transfigurar a Jesús de Nazaret en el Mesías de poder que esperaba Israel nos lo contó el Evangelista Mateo en la narración de la subida de este hombre con los suyos desde sus tierras norteñas de Galilea hasta Jerusalén. Esa escena tan gráfica como simbólica pertenece al decimoséptimo capítulo del Evangelio de Mateo. Y un domingo después, este día trece de agosto, se nos dice que leamos en el capítulo decimocuarto la también plástica escena de Jesús de Nazaret que camina en la noche sobre las aguas del Lago de Galilea. Y camina sin hundirse como si fuera el milagro de un fantasma (Mateo 14,22-33).

Dejé escrito hace una semana que ‘Eucaristía y Evangelio no casan, se repelen’. Y mantengo esto mismo ahora al observar cómo la propuesta litúrgica para leer a Mateo altera la secuencia narrativa que nos regaló el autor del Evangelio. Además de alterar la secuencia, se silencian relatos significativos para comprender quién es y qué hace el protagonista de los acontecimientos. Este método de lectura y meditación nos impide conocer el destino de Juan el Bautista (Mateo 14,1-12) e impide constatar la revolución que supuso la primera multiplicación de los panes dentro del movimiento del seguimiento de Jesús (Mateo 14,13-21).

En el final de esta multiplicación del pan leemos: *“Comieron todos hasta hartarse y con lo que sobró llenaron doce canastas. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños”* (14,20-21). Y el relato del Evangelio continúa así: “*Luego hizo* [Jesús] *que los discípulos subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente. Después, subió a la montaña para orar a solas. Al llegar la noche estaba allí solo… Después de atravesar el lago, llegaron hasta la orilla de Genesaret”* (14,22-34). En los puntos… es donde podemos leer el signo simbólico que Mateo atribuye a su Jesús de Nazaret (el ‘Soy yo’ del Yavé de Moisés) que camina sobre las aguas del lago sin hundirse.

Siempre que se lee en cualquiera de los cuatro evangelios el suceso de la multiplicación de los panes conviene echarle un vistazo al texto en su Biblia y constatar que inmediatamente después se cuenta el suceso de una barca que cruza el lago con gentes a bordo. ¡Qué curiosa coincidencia se me ocurre imaginar!: Comer-cruzar el lago. Como si se tratara de evocar la experiencia pascual de Israel iniciado en las aventuras del éxodo o salida de la esclavitud hacia la tierra de la promesa y de la libertad. La cena clandestina en Egipto y el paso del mar. ¡Qué forma tan delicada y revolucionaria de identificar a Jesús y los suyos con la realidad de la fiesta central y más significativa de los judíos que fue, es y será la pascua.

En la simbología de Israel, como en la de muchos pueblos semitas, el mar es la presencia del mal. El mar es el mal por ser la realidad más alejada de las alturas de los cielos donde se asienta la mansión de los dioses. De ese mal que es el mar hay que ‘sacar fuera’ (pescar) a los hombres y así se comprenderá la misión de Jesús compartida con quienes le siguen (4,18-22). Pedro, el hombre avezado en los asuntos de aquel lago y de aquella su religión de Moisés, creyó comprender a Jesús y su misión, pero tuvo miedo, se asustó y se hundía, porque sólo acertaba a ver un fantasma en la identidad y misión de aquel hombre y laico de Nazaret llamado Jesús. Me gustaría mucho hablar de aquella ‘barca’, pero se nos agotó ya el espacio...

**Domingo 38º del Evangelio de Marcos (13.08.2017): Marcos 10,32-45.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Por los senderos del llamado Evangelio de Marcos, su autora, María Magdalena, nos sitúa ya en la tercera y última etapa del Camino que sube desde Cesarea de Felipe (Marcos 8,27) hasta Jerusalén (11,1). Tal vez sea la etapa más breve de las tres. Pero como las anteriores no deja de tener sus tres apartados. El uno, anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Jesús (10,32-34). El dos, un puñado de condiciones que definen qué es eso de ser como Jesús o seguirle (10,35-45). Y el tres, un relato complementario que personalmente puedo llamar ‘la guinda del pastel’ que tiene nombre propio y apellidos: Bartimeo, el ciego del camino (10,46-52).

Para la lectura y el comentario de este domingo propongo que nos detengamos en los dos primeros apartados. El anuncio y las condiciones. Los muy estudiosos llaman ‘profecía’ al anuncio que la narradora pone en labios de su protagonista. Ciertamente este anuncio-profecía (10,32-34) son palabras, como otras muchas más, que seguramente nunca dijo Jesús en su vida. Viene a ser este anuncio-profecía como una estructura literaria y teológica que se inventó, inteligentemente, su autora para comprender la personalidad de Jesús de Nazaret. Y, a la vez, subrayar la incapacidad de entendimiento de quienes vivieron con él.

Copio aquí el inicio de este anuncio revestido con el ropaje de la profecía: *“Subían camino de Jerusalén y Jesús iba delante de sus discípulos que lo seguían admirados y asustados…”* (10,32). Y será en esta Jerusalén y serán los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley quienes se burlen de Jesús, lo escupan, lo azoten y lo maten… Cuando esto se va escribiendo con la tinta entrañable de las lágrimas por María Magdalena los hechos ya habían sucedido veinte o treinta años atrás. Después de tanto tiempo, este hombre sigue tan presente dentro de ella, tan resucitado y vivo, como lo estuvo en los días de sus misiones compartidas (Mc 15,40-47).

Y hemos llegado a los versículos 10,35-45, que aquí he llamado segundo apartado de esta etapa del Camino. Tengo este mensaje como una de las referencias prioritarias de la experiencia de Jesús de Nazaret. Creo que sólo una mujer podría haber escrito una experiencia tan humana, tan religiosa, tan espiritual como la que nos ha regalado María Magdalena y su experiencia de la vida de Jesús y su mensaje y su misión. *El más importante es el más pequeño.*

El Evangelista Mateo también cuenta este relato (Mateo 20,20-23), pero la tensión se destapa con la propuesta-petición descarada que la madre de los Zebedeos pone en conocimiento del mismo Jesús de Nazaret. Estos Zebedeos son la familia de ‘los Truenos o los atronadores’ por su intransigente nacionalismo religioso, político y social. Esta madre no existe ni en el relato de Marcos ni en el de Lucas. Y además, este Evangelista Lucas sitúa esta escena de reivindicaciones de poderes y de primeros puestos en plena cena de despedida ¿o de los orígenes de la santa misa, eucaristía o fracción del pan? Increíble, este Lucas (22,19-38).

*“Concédenos sentarnos en tu gloria* [¿la del futuro pedro-papa?] *el uno a la derecha* [¿la del futuro cardenal primero?] *y el otro a la izquierda* [¿la del futuro cardenal segundo?]… *Los otros diez, al oír esto, se indignaron… Jesús les dijo: así se actúa entre los jefes de las naciones… No ha de ser así entre vosotros. Jamás.”* (¡¿XQ...!?). ***Aquí, el más será siempre el más pequeño***.